

## La Cátedra del Dante

---

Débase considerar como un notable acontecimiento de nuestra vida universitaria, la inauguración del curso de literatura italiana, efectuado el 13 de mayo por el profesor ad-honorem doctor Fernando Sansone. Fué una fiesta de alta espiritualidad cuyo recuerdo ha quedado grabado en los anales de esta ciudad, de ya muy acentuados perfiles académicos.

La iniciativa de vincular la cultura universitaria nacional con el alma de otros pueblos, bebiendo en las fuentes más puras de la literatura las supremas armonías de la vida, es una de las más felices y digna, por consiguiente, de aplauso en la evolución progresista de los estudios en nuestros establecimientos de enseñanza superior.

Cabe anotar esta circunstancia: es la primera vez que en un país extranjero se dicta un curso sobre el Dante y esta iniciativa débese á la Universidad de La Plata que en forma tan elevada cumple su programa de extensión.

Numeroso y selecto era el auditorio; estaban presentes el rector de la Universidad doctor Joaquín V. González, el decano de la Facultad de Derecho, doctor Rodolfo Rivarola, autoridades académicas, miembros de la colectividad italiana, y de la Capital Federal, un distinguido grupo de damas, el doctor Estanislao S. Zeballos, el doctor Cittadini y otras personalidades en el mundo de las letras.

En el conceptuoso discurso que á continuación publicamos, el doctor González hizo la presentación del conferenciante; recordó la poderosa influencia de la literatura clásica italiana y en especial de la Divina Comedia y explicó el amplio y generoso pensamiento que había determinado la fundación de esta cátedra.

### *Discurso del Doctor González*

Señoras: Señores: En el desarrollo del plan universitario de La Plata, fundado sobre bases científicas y animado por el mismo espíritu de ciencia, la creación de la Sección de Letras, Historia y Filosofía

vino á coronar el edificio con su genuina arquitectura: el estudio de las literaturas que más íntima relación guardan con la propia, y con el genio de la raza. El curso libre de literatura francesa, con su exponente «Molière», y el de la italiana con el supremo tipo de perfección en Dante, constituyen una expansión natural del programa facultativo, al cual completan é ilustran con los esplendores del pensamiento de dos pueblos luminares de nuestra cultura latina.

Hija, la nuestra, del caudal desbordante de la lengua materna, sus afinidades de sangre, sus armonías innatas de expresión y forma, con las otras dos, se comunican á nuestro oído sus acentos, se adivinan sus ocultos sentidos, y se leen en sus relieves los secretos irrevelados del alma popular que los cultiva. Al estudiar nosotros esos idiomas y compenetrarnos con su tradición hablada y escrita en los cánones luminosos de sus prosistas y poetas, venimos como á difundir más luz en el medio ambiente en que la propia lengua, con su historia, se cultiva y se fortalece, y á vigorizar sus seculares raíces con el limo de otras tierras hermanas.

Al comenzar la vida operosa de la nueva Universidad, con su conjunto en apariencia confuso de ciencias concretas y de experiencias de laboratorios y museos, se creyó, acaso, con demasiada prisa é impaciencia, que iba á echar raíces aquí una enseñanza de estrechas especialidades y de exclusivos tecnicismos. Pero el día llegó en que la flor de escultura comenzó á dejar ver el pensamiento del arte, en medio de sus bloques de piedra, cuando los muros, los pilares y las bóvedas permitiesen afirmar el pedestal inmovible de las ciencias positivas, para que pudiesen levantarse y perpetuarse sobre ellas las ideas y las formas de la belleza — esto es — para que asomase y mostrase el impulso de su vuelo, el alma etérea de la vasta fábrica.

Si la universidad es en todo país el trasunto de su cultura, ella debe contener todo cuanto haya de calificarla, transformarla y depurarla; y si agudos escritores de otras naciones antiguas señalan los defectos de su educación con patriótica y cruda verdad, ¿cómo no habremos de señalar los de la nuestra, hecha á saltos y á reveses, en el breve transcurso de un siglo? Uno de esos espíritus, de los más originales y penetrantes, decía hace seis años en la Universidad de Turín, que «era necesario estar ciego para no ver los males que siguen á las conquistas de la inteligencia y de la acción civilizadora de nuestro tiempo: impulsos multiformes y crecientes, incertidumbre é inestabilidad en las direcciones; dispersión y disipación de energías; la ciencia contra el sentimiento y la conciencia y los valores económicos contra los valores morales; los intereses prácticos contra los intereses ideales, el trabajo adiestrado para desconfiar del pensamiento; una vida inarmónica, afanosa, incoherente, y al mismo tiempo pletórica y vácu... Si alguien inquiriere cual sea el alma de esta civilización, no podrá tener respuesta satisfactoria. Y si no tiene esa alma que la informe y la gobierne, no podrá durar mucho tiempo».

De dos fuentes principales surge el conocimiento y la difusión

del alma de las sociedades humanas en la moderna vida civilizada: de una remota y universal, que es el estudio de las ciencias de la naturaleza física del Universo, y de otra más inmediata que es la historia de las ideas de la humanidad á través de las literaturas y de las artes, que en todo tiempo expresaron la esencia de su vida inmaterial y las formas visibles de sus conceptos superiores é ideales. La ciencia alimenta y enriquece sin cesar las facultades mentales, fortalece sus alas y sus músculos para las ascensiones y las vastas peregrinaciones por los espacios abstractos; y la poesía, como las aves viajeras, debe bajar de tiempo en tiempo á reposar ó abrevarse al bordo de la fuente de la ciencia — «fons scientiarum» — para continuar en nuevas y más largas jornadas.

Ciencia es también todo eso, y más aun la que consigue determinar el punto de coincidencia de la realidad y la idealidad; la que unifica y armoniza en una sola dirección la verdad positiva y la belleza ideal, reuniendo al fin estas dos eternas viajeras que erraron por el mundo buscándose siempre sin encontrarse jamás. La pura imaginación, sus luminosidades ingénitas, alumbró por largos intervalos el obscuro espacio de todas las investigaciones, pero no comenzó á ser una guía eficiente sino cuando la ciencia le prestó sus alas musculosas y le encendió las antorchas en los senderos extraviados. Así, el estudio de las literaturas seculares de las grandes razas, que han condensado los ideales humanos y las más bellas concepciones y formas de la idea y de los afectos imperecederos que alientan la vida, es una parte esencial de la misión universitaria, si ella ha de realizar la educación del espíritu de los pueblos para sus multiformes destinos.

Si es verdad que en el concepto ilimitado de «universidad» se comprende el deber de «adquirir todo el saber y de difundirlo de nuevo» enriquecido y perfeccionado, lo es también que para realizarlo, debe ella misma formarse un alma, que viva adentro, fuera y por encima de los moldes disciplinarios, para que ningún espíritu deje de volar en ella por falta de libertad, ninguna grande idea deje de germinar por falta de calor, y ninguna fuerza creadora deje de expandirse y crecer por falta de espacio y de apoyo; para que no deje de manifestarse en su seno la más amplia difusión del genio humano, ya que al decir de Arturo Graf, «todo verdadero sabio, como todo grande artista es un violentador, un conquistador, un creador», y que según la ley deducida por Ostwald, «los escolares excepcionalmente bien dotados — es decir, según su tesis, los futuros grandes hombres — jamás se hallaron satisfechos de lo que les ofrecía la enseñanza ordinaria».

La universidad moderna, la científica en el propio sentido del término, ha de contener los medios de crear el ambiente para la formación de los grandes espíritus; para el cultivo de los sentimientos directivos y conservadores de los vinculos humanos más esenciales; para que el amor de la verdad y de su investigación perpetua no desfallezca ni se enfríe ante los inevitables reveses de la prueba. La ciencia como generadora única de ese espíritu de verdad, y la literatura y el arte como fuentes de energía y entusias-

mo para erigirle un culto en las formas más puras de la belleza, serán, pues, las dos direcciones fundamentales de toda enseñanza fecunda. Y «enseñar quiere decir amar, amar lo que se enseña y amar á quien se enseña. Aquél que, desprovisto de amor y de entusiasmo, pretenda enseñar, no enseñará cosa alguna: y aquél que crea que una universidad pueda ser limitada á desempeñar su oficio sólo á fuerza de estatutos, reglamentos y repliegues administrativos, estará en un grande error. La universidad debe tener un alma que la haga vivir, y esa alma debe ser forjada de ciencia, de ilustración y de amor».

Esta casa de estudios, al colocar al lado de la literatura materna y nacional, las dos brillantes congéneres que guardan como ella tan preciosos tesoros de pensamiento y de belleza, ha querido no sólo acercarse á la idea integral que la define, sino poner en comunicación el alma de sus discípulos y de su pueblo, con el alma luminosa de aquellos ingenios que les dieron lustre y fuerza inextinguibles, legando á la humanidad contemporánea, para que ella la transmita á su vez á la futura, el patrimonio de sus bellezas y de sus grandezas; de manera que nunca decaiga ni se apague la antorcha de la cultura espiritual del mundo. La Italia ha guardado, como heredera directa y dueña del solar primitivo de los venerables troncos ancestrales, el fuego vivo del sacro culto de la belleza antigua en su idioma clásico, y en el «dolce stil nuovo» que había de alzarse con todos los honores de la realeza en los tercetos triunfales de la «Divina Comedia», los que, al fijar en el inmenso poema sus formas gloriosas, forjaban ya en el yunque ciclópeo de la trilogía, el idioma y el alma de una nación futura, una é indisoluble.

El nombre de Dante con que este curso libre de literatura italiana se bautiza, es así una representación irremplazable, del momento de mayor culminación de la gloria de una literatura, por la potencia del genio que la ilumina y la sustenta. Y por mucho que la crítica y el comentario hayan dado ya su sentido histórico y moral á todas las estrofas del divino libro, me ocurre á mí también decir cómo el nombre de Dante expresa el ideal universario más alto, el del último grado de perfección del espíritu afinado por el estudio y el culto de la belleza pura y eterna. En el fondo de toda su creación, y como luz directiva en la tenebrosa como en la brillante etapa de su viaje ideal, arde una llama de amor humano, nunca superado en los tiempos, alimentada de sabiduría, de belleza, de virtud, de heroísmo, de religiosidad, de idealidad y de justicia; amor supremo que vive en región más alta que las pasiones y las leyes de la vida misma, y con tal irradiación de bondad y de gracia que aun alumbrá y unge con el óleo del perdón y de la piedad á los más feroces y bárbaros impulsos de las muchedumbres pecadoras; belleza y sabiduría, gracia y fuerza, genio y beatitud, en unidad indisoluble en la más pura región del alma, como en un crisol de metales fundidos, se identifican para crear el amor supremo, hecho de todos los amores, y que el poeta compara solo al amor divino que creó la vida y los infinitos seres en que ella se difunde y eter-

niza. Sólo una naturaleza perfecta, depurada por el fuego de todos los dolores y de todos los sacrificios y abnegaciones, puede mantener en perpetua actividad un amor humano sin objetivo material, sin esperanza de recompensa terrena, y alimentado sólo por la pasión del ideal y del purísimo concepto ético, forjado en la contemplación interior del tipo de belleza nacido en la mente del genio.

Uno de los más recientes biógrafos de Dante, analista sutil de toda su obra y su vida, resume en algo como un canto su juicio, diciendo que «él ha sido grande por la imaginación y el sentimiento, por la poesía y por la ciencia, por el pensamiento y por la acción; ha vivido con la misma plenitud en el ideal y en la realidad. No ha ignorado ninguna de las formas del arte, y en algunas ha superado con sin igual maestría. Ha conocido la sublime embriaguez de las ideas, el inefable esplendor de las visiones místicas y todos los encantos de la belleza. Su vida convulsiva y trágica, su heroísmo en el sufrimiento, la nobleza de sus amores, la fuerza de sus pasiones, aun las durezas de su alma altiva, magnifican todavía su grandeza. No es sólo el intérprete de su época, el aeda y el corifeo del mundo medioeval: es uno de los testimonios más expresivos de la potencia de su raza y un magnífico ejemplar de la naturaleza humana. «¿Y qué más definición de lo perfecto en Dante, que la de otro espíritu considerado á su vez como el más perfecto de su raza y de su tiempo, y que, como un sol ilumina á otro sol á largas distancias siderales, envía desde el siglo XIX este rayo de luz sobre la frente del coloso de Florencia? «Pienso — dice el autor de «Las piedras de Venecia» y de las «Siete lámparas de la arquitectura» — que el hombre central de todo el mundo, como representación del equilibrio perfecto de todas las facultades imaginativas, morales é intelectuales, todas ellas en su más alta culminación, es Dante».

Señores: Me he dejado llevar — lo confieso — por el encanto y el atractivo irresistibles del nombre dado al curso de literatura latina, que hoy inaugura en las aulas universitarias de La Plata el doctor Fernando Sansone; y es mi más grande deber expresar la confianza que abrigo, en que él sabrá, con su erudición literaria y el calor de alma con que tratará asuntos tan caros á su inteligencia y á su patriotismo, transmitir á sus oyentes y á sus alumnos las vibraciones de su propio espíritu, el estímulo de su propia emoción, sin los cuales es acaso imposible percibir ni desentrañar la belleza de la obra de arte. Tendrá, así, además, el privilegio no pequeño de ser el primero que en estas aulas argentinas venga, no á hacernos oír el inimitable ritmo de la lengua en que D'Annunzio hace vibrar las pasiones de sus héroes atormentados y desfilan la pompa ó las arideces trágicas de sus teatros sanguinosos — pues ya la cálida elocuencia de Ferri y la fría y serena palabra de Ferrero las bautizaron en hora feliz para nosotros — sino de establecer una corriente directa entre el pensamiento literario de la nueva y antigua Italia, con las inteligencias juveniles de esta masa estudiantil argentina, educada en un medio penetrado del acento y propicio al halago del bello lenguaje en que el «si» resuena con encanto más dulce que en otro alguno, y el cual, desde Dante hasta D'Annunzio, adormeció con sus

dulzuras y atronó el espacio con las más épicas resonancias. Ellos, y la Universidad que sin ellos no existe porque lleva su alma y su impulso de vivir, oirán de su palabra la confidencia de los poetas y las revelaciones de sus pensadores, y acrecentarán así, con esa savia nobilísima, el poder de intensidad y de expansión, de rejuvenecimiento y transformación progresiva de esta nuestra lengua y literatura castellanas, ansiosas de trasladar á sus arcones antiguos las ricas arenas de oro y de limo virgen, que fecundan las tierras opulentas de la América, conquistada por el espíritu que un día vibró en su letra, á veces flexible y cortante como lámina de acero, y á veces rígida y breve como voces de combate.

Señor profesor Sansone: En el momento que el señor decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas va á daros la posesión de vuestra cátedra en la joven universidad ríoplatense, me complace en saludar en vuestra persona á las maestras respetables y sapientísimas las universidades de Italia, que junto con el admirable legado literario que ellas acrecientan y embellecen cada día con nuevos prestigios, contribuyen á la mayor expansión y gloria de la cultura contemporánea con las más excelsas producciones de la ciencia, para el mayor bienestar de la raza humana y prestigio legítimo de su propia nacionalidad. — He dicho.

Acto continuo, el doctor Rivarola explicó los antecedentes de esta cátedra en una improvisación sobria y elocuente; señaló la trascendencia que para los estudios universitarios representa el curso que se iba á inaugurar. Como decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, luego de recordar los atributos indiscutibles del doctor Sansone y las esperanzas que se cifran en su labor futura, púsole en posesión de su cátedra.

Al ocupar la tribuna, el conferenciante empezó diciendo:

« Al hacerme cargo de la elevada tarea que me confiere esta insigne Universidad, y al despertar en este augusto recinto el eco de las voces ilustres que aquí traían los tesoros de la ciencia y la luz del pensamiento, mi primera palabra, inspirada en el respeto y en la gratitud, se dirige á los profesores González y Rivarola, que quisieron con tan noble benevolencia presentarme á los distinguidos colegas y á este culto auditorio que me alienta con su amable presencia.

« Instituyendo la cátedra de literatura italiana, la primera y única que existe oficialmente fuera de Italia, la Universidad Nacional de La Plata, entendió, con seguridad, rendir homenaje á la cuna de la latinidad y á las formas de que durante muchos siglos se revistió el pensamiento humano para difundir sus destellos en el mundo y alimentar las inteligencias rectas.

« Al encargar á un joven la ardua tarea de dictar esta cátedra, el Consejo Académico no buscó un ilustre hombre de letras, sino á un estudioso, no ajeno á las laboriosas vigiliias del pensamiento, y sabedor, empero, de sus propias fuerzas y de sus responsabilidades; á un hombre que ama á la Argentina, y que á la cultura intelectual del país que le hospeda entiende dedicar todas sus actividades.

« Quiera permitirme, señor presidente, que en esta hora esplen-

dorosa invoque el nombre del Dante, que es la universalidad del genio, como augurio y promesa de que esta enseñanza que se dignaron encargarme constituya un nuevo vínculo espiritual é indisoluble de comunidad afectuosa de ideales y finalidades civiles entre la Argentina y la Italia ».

Continuó en su disertación, impecable por su forma, poniendo de relieve la obra del Dante en sus versos inmortales, su influencia en los destinos humanos, relacionándole con los puntos culminantes de la literatura italiana y esbozando el método didáctico de sus futuras conferencias.

Al retirarse la concurrencia, los estudiantes de la Facultad de Derecho pidieron que hablara el doctor Estanislao S. Zeballos. Tan entusiastas fueron estas manifestaciones, que el ovacionado ocupó la tribuna, accediendo á tan gentil como espontáneo requerimiento. Antes de iniciar su improvisación, se adelantó el doctor González, y en pocas pero conceptuosas palabras, señaló los prestigios intelectuales del eminente hombre público que iba á dirigir la palabra.

Comenzó el doctor Zeballos declarando que agradecía los hermosos conceptos que á su favor vertiera el doctor González, y la profunda emoción que le había producido la noble manifestación de la juventud estudiosa, cuya delicadeza comprendía en todo su significado, lo que obligaba su más perdurable y vivo recuerdo. Que la enseñanza de la literatura, para fortalecer los espíritus en el culto de los altos y desinteresados ideales, era proficua en ingentes y benéficas consecuencias para los cerebros directores y para la juventud que, educándose en las aulas, en el mañana será llamada á regir los destinos de la patria. Que la Divina Comedia era el trasunto vivo y palpitante de las aspiraciones sociales, políticas y humanas, que impelieron al quebrantado pueblo italiano á la conquista de su unidad definitiva, fundando el imperio de las hasta entonces inciertas nacionalidades. Que este recuerdo era de oportunidad para la República, porque el pueblo se sentía galvanizado de su infecunda apatía al solo anuncio de promesas de verdad institucional. Y que se felicitaba de haber pasado un día tan feliz en aulas universitarias donde el trabajo y la idea deben ser el culto de la juventud, que estudia como aristocracia suprema de los pueblos.

Con lo que terminó el acto, siendo el doctor Zeballos aclamado por la concurrencia.